

rramanes, la que prosperó bajo Alimenón, la que acogió con gritos de júbilo á Alfonso VI, la que se atufaba cuando atentaban á sus libertades, la que dos veces fue acaudillada por mujeres, Berenguela y doña María de Padilla, y bajo el mando de las dos heroínas hizo retroceder á los moros y á Carlos V? ¿Dónde están los toledanos de antaño? En la vacía capilla mozárabe las varoniles voces de los cantores resueñan con melancolía imponente, con una severidad que recuerda las lamentaciones de los profetas bíblicos... *¡Quomodo sedet sola!*... ¡Qué solitaria la ciudad, un tiempo populosa, rica y grandel!

V

MÁS PATRAÑAS

Pasar en Toledo ocho ó diez días, sin otro propósito ni ocupación que empaparse de su ambiente y recorrer sus callejuelas intrincadas y sus costanillas y *rodaderos*; vagar por entre maravillas artísticas en completa soledad, excitar la fantasía, salir momentáneamente de la realidad vulgar y no contar alguna mohosa leyenda... no cabe en lo posible. Diréis tal vez que las leyendas no encajan bien en el marco de la vida *contemporánea*. Es un error. Nuestra vida está hecha, como decía el gran poeta, de la tela de nuestros sueños: no vivimos sólo en el sentido fisiológico, ni aun en el intelectual: también se vive por la imaginación, y de esa vida nace muchas veces el arte. No hay artista contemporáneo, no hay siquiera aficionado á la belleza artística, que no viva, por ejemplo, una semana en el siglo XIII, cuatro días en el XVI, quince en la época romana, un mes en Grecia... todo ello según los gustos, las predilecciones estéticas, las lecturas y la sensibilidad

de cada cual. Nuestra fantasía moderna es una planta que toma jugo del pasado; y este fenómeno ya no es de hoy, ni se deriva, como algunos creen, del romanticismo: en el período clásico sucedía lo propio: hoy se evoca la Edad Media, entonces se evocaban las edades paganas, el Olimpo y los Campos Elíseos, pero siempre el *ayer*, nuestro ayer, quizás hijo nuestro, engendro de nuestra fantasía. Vivamos, pues, por una hora entre los visigodos, y recordemos en qué misteriosas y maravillosas circunstancias vino al mundo el infante Don Pelayo, duque de Cantabria, iniciador de la reconquista y fundador de la nacionalidad española.—El verdadero sabor de esta leyenda lo apreciaríais bien si la escuchaseis á orillas del Tajo, en un lugar donde el río ensancha su cauce y se apresura con viva corriente, entre cañaverales espesos, salvias floridas y silvestres heliotropos, para sosegarse cuando besa el pie de la esbelta torre semi-árabe conocida por *el baño de la Cava*, como si ante el recuerdo más ó menos apócrifo de nuestra perdición, el sacro río sintiese melancolía y se deslizase tímido y callado. Allí, al pie de una noria moruna, cuyos cangilones suben llenos de agua fresquísima—mientras el labrador de la vega acomoda pimientos y berengenas en una cesta de mimbre para llevarlos al mercado al amanecer,—es donde debe escucharse la interesante historia de los amores y desventuras de doña Luz, nieta de Chindasvinto y del duque Don Favila, aquel á quien ahogó un oso cazando en los breñales asturicenses.

Ha de saberse, pues, que el rey Egica, antepenúltimo en la serie de los monarcas godos, había subido al trono casándose con la hija de Ervigio, destronador de Wamba. Egica era sobrino del desposeído rey, y Ervigio, al darle la mano de su hija Egilona, le hizo jurar que ampararía á toda su raza y que jamás trataría de vengar el destronamiento de Wamba y el veneno que le había propinado para volverle chocho y lelo. A pesar del juramento, Egica no olvidaba el agravio de su tío y el crimen de Ervigio al envenenarle y desposeerle: en términos que, muerto Ervigio ya, su yerno apeló á un Concilio para que de su juramento le desligase, y apenas desligado, apresuróse á repudiar á la reina Egilona y perseguir de muerte á toda la estirpe de Ervigio, con dura mano y saña, dicen los historiadores (que, por otra parte, no afean el proceder de Egica).

Cuando pienso en la conducta del rey, comprometiéndose á proteger la sangre de Ervigio y haciendo lo contrario, hasta el extremo de repudiar á la pobre Egilona, que de nada tenía la culpa y que ya le había dado un hijo varón, no puedo menos de creer que el busilis de los actos del godo fue que Egilona “no halló gracia en sus ojos”, según la frase bíblica. Si á Egica le gustase por los gustares la señora Egilona, á buen seguro que así se acuerda de las demasías que su padre cometió con Wamba, como de las nubes de antaño. Forzosamente Egilona padecía erisipela en la cara, ó tenía cansado el alienato, ó las piernas torcidas; aunque también pudo

ocurrir que siendo la leyenda que voy á narrar verdadera y auténtica, y enamorándose Egica rabiosamente de la sin par doña Luz, le desagradase Egilona á pesar de ser un dechado de gracias y perfecciones; que si el amor es ciego, el enamorado sólo tiene ojos para lo que le cautiva y embelesa.

Era doña Luz, según se ha dicho, nieta del rey Chindasvinto y hermana de Don Rodrigo, andando los tiempos vencido en el Guadalete; y como por ser tal su calidad vivía en palacio, al lado de Egica y Egilona, encontró fácil ocasión el godo de prendarse de su candor y belleza. Pero la doncella tenía ya hecha elección, y correspondía al amor de su tío carnal el duque Don Favila, que por verla y requerirla se vino desde Cantabria á la corte de Toledo. Opu- so, pues, doña Luz á las pretensiones del rey un pecho de diamante, y en cambio abrió á Don Favila las puertas del corazón, y una noche las de su aposento, con el honesto fin de prometerse por su esposa, delante de una imagen de la Virgen. En aquel tiempo semejantes promesas poseían una fuerza y un valor de que hoy carecen, y revestían cierto carácter de legalidad, especialmente cuando no había otro recurso; así es que comprometidos ante Dios doña Luz y el duque de Cantabria, viéronse otras muchas veces, á hurto de todos, en aquel mismo lugar, y la dama se encontró encinta "por permisión divina", añade algún cronista viejo.

Ya entonces el desdeñado Egica andaba receloso y barba sobre el hombro, sospechando

que doña Luz ocultaba otro amor: mas por mucho que atisbó, no sorprendió las nocturnas visitas de Don Favila, de lo cual se deduce que doña Luz estaba bien servida de medianeros, ó que Egica no nació para polizonte. Fue preciso que (como dice el doctor Lozano) empezasen las dueñas y el rey á mirar á doña Luz más á las basquiñas que á la cara, para que el contrabando se descubriese. La avergonzada y medrosa doña Luz, sintiendo que se acercaba la hora, ordenó á sus confidentes que hiciesen construir en secreto un arca embreada donde no entrasen aire ni claridad, y cuando hubo llegado el trance y venido al mundo un hermoso infante, lo bautizó con agua, le llamó Pelayo, le puso al cuello ciertas señas, cédulas y medallas, y á media noche las fieles criadas echaron el arca al Tajo, donde era más recia la corriente.

Dirás, lector, que si en el arca no entraba aire, el niño se asfixiaría. Lo mismo se me ocurrió á mí, y sospecho que deben de andar en este punto poco verídicos el moro Rasis y otros cronistas, y que doña Luz sin duda mandó hacer en la tapa del arca algún agujero por donde el chiquitín respirase. Ello es que el arca, que encerraba la salvación de España, el futuro vencedor de Covadonga, descendió llevada por las ondas, envuelta en un grande y dorado resplandor, lo cual consoló á las criadas mucho, y á la desconsolada madre cuando se lo refirieron. Y también debió de holgarse el Tajo, no teniendo ya que envidiar al Nilo su Moisés. Deslizóse el

arca suavemente río abajo, y cerca de la villa de Alcántara la vió un caballero que se divertía en cazar, y que era por señas tío de doña Luz; casualidad feliz, como lo fue que, habiendo recogido el buen caballero el arca y sacado al niño, que estaba á punto de muerte, pudiese inmediatamente descubrir á una señora recién parida que se ofreció á amamantarle. Y ya tenemos al tierno Don Pelayo sano y seguro.

Rabioso entretanto de celos el rey Egica, como había observado el embarazo de doña Luz, y notando que ya el talle de ésta recobrará su primitiva esbeltez juncal, se dió, como Herodes, á hacer pesquisa de los niños bastardos nacidos en Toledo y sus contornos desde tres meses hacía, con propósito de armar una degollina general, á fin de que el de doña Luz no escapase. Pero acaeció que, siendo indudablemente aquellos tiempos punto menos corrompidos que los actuales, y Toledo harto más poblada que en el día, Egica se encontró una lista de treinta y cinco mil y pico de rapaces nacidos fuera de la Iglesia en tal plazo; y como no era fácil degollarlos á todos, fue preciso no degollar á ninguno.

Frustrado este ardid, Egica, á quien no se le quitaba la mala intención, discurrió otro arbitrio para vengarse, y fue buscar un caballero felón y malandrín que delante de toda la corte acusen de incontinencia y liviandad á doña Luz, pidiendo para ella ejemplar castigo por haber cometido el pecado en el palacio real. La afligida y abochornada señora pidió que la con-

cediesen espacio para hallar un campeón de su honra; publicóse la liza según las costumbres de aquel siglo, y Don Favila, que se hallaba en sus estados de Cantabria, tuvo tiempo de venir y aceptar el reto del difamador de la dama, arrojándole la gabardina, que equivalía al guante; al otro día, en público palenque, lidiaron primero con lanza y á caballo, con espada y á pie después, hasta que Favila, sujetando al traidor boca á tierra, le cortó la cabeza á cercén y lanzó el sangriento trofeo á los pies de su secreta esposa.

Ya se colige que Egica quedó hecho una serpiente, y no dejó de incitar á otro mal hidalgo para que insistiese en la acusación á doña Luz, por lo cual hubo nuevo palenque, nueva victoria de Don Favila, y otra cabeza más que mordió el polvo con lívidos labios á las plantas de la injuriada princesa. Y aquí de la confusión de Egica, de la alegría de doña Luz y del asombro de la corte, que aplaudió la cortesía de Favila no menos que su coraje y denuedo.

Las noticias del palenque llevaron á la corte á aquel caballero, tío de doña Luz, que había recogido el niño del arca. Una sospecha cruzó por su mente, y para apurarla interrogó á la camarera de doña Luz. La camarera, leal hasta el crimen, al recelar que aquel señor podía conocer el secreto de su ama, le llevó á una ventana que daba al río con ánimo de despedirle; pero arrepentida de su mal propósito, acabó por confesarle íntegra la verdad de los ocultos amores y del nacimiento del infántico

Pelayo. Y el buen viejo, deseoso de arreglar este enmarañado asunto, reunió á los parientes y deudos de doña Luz y les propuso que, para restaurar completamente su honra, la casasen con el vencedor del palenque, Don Favila, que tan bien había sabido defenderla y volver por ella. De malísima gana tuvo el rey que otorgar el permiso, pero no sin buscar reservadamente una especie de jayán terrible y feroz que desafiase á Favila, á ver si en el tercer lance lograda, con matarle, impedir la boda. Tanta maldad no podía consentirla la Providencia, que protegía visiblemente á Don Pelayo y á sus padres. Y cuando estaban ya los dos campeones lanza en ristre y preparándose á la embestida, apareció en la arena un santo ermitaño, á cuyo aspecto venerable, luengas barbas, inspirado rostro y fulgurantes ojos bajaron las armas los dos enemigos, y el atravesado de Egica se echó á temblar. Motivo había para el temblor, porque el ermitaño, allí delante de todo el mundo, le cantó al rey las verdades, y se enteraron la corte y el pueblo toledano de que sólo el mal deseo y el torpe amor de Egica eran móviles de la acusación á doña Luz y los desafíos y muertes consiguientes. A la reprensión del hombre de Dios se ablandó el corazón del culpable rey; arrepintiéndose, cesó el desafío, se celebraron las bodas, apareció Don Pelayo en brazos de su ama y quedaron todos contentísimos. Esta es la leyenda del salvador de España, del nuevo Moisés, y sentiré que los asturianos la impugnen, que de hijo la impugnarán, por no

perder la honra de haber dado cuna á Pelayo en las montañas donde nació nuestra independencia.

Los finos amantes doña Luz y Don Favila se quisieron entrañablemente hasta el fin. ¿En qué se funda esta afirmación siempre atrevida? En un capitel del claustro de la colegiata de Santillana, testimonio bien auténtico. Allí se ve á Don Favila despidiéndose de su esposa para salir á la caza del oso que tan cara le costó, y á doña Luz suplicante, acongojada, herida por cruel presentimiento, tendiendo los brazos para detener en ellos al intrépido cazador, á quien aguarda la muerte en los de la fiera.

VI

RINCONES Y CALLEJAS

Lo mejor de Toledo, donde tanto bueno hay que escudriñar, son sus rincones, sus calles angostísimas, pendientes, los recovecos que en ellas favorecen el palique á través de la reja y el furtivo asome de la niña que atisba á su galán; los ángulos de sus plazas desiertas, los pasadizos de sus callejuelas pintorescamente retorcidas, sus patios tranquilos, de un recogimiento monástico.—A Toledo se viene á perder el rumbo y á encontrarse gratamente sorprendido por mil detalles que no se sospechaban: aquí un escudo que blasona una portada, allí una puerta con hierros artísticos, más lejos un balcón cargado de plantas y flores, hecho un verdadero pensil, que esparce y descuelga sobre el ladrillo ennegrecido y tostado por el tiempo la clara verdura de las enredaderas y el vivo colorido de los geranios rojos y rosas.

Entremos en una calle: la forman únicamente las altísimas tapias de dos conventos; es decir, de un solo convento, al cual pertenecen los edi-

ficios de uno y otro lado, comunicados por medio de un camino subterráneo, que ofrece á la imaginación ancho campo en que espaciarse, fantaseando novelas y dramas. Las tapias son de desmesurada altura; el trecho que las divide, asaz breve; y así, metida entre muros, la calle recoge el sol como un horno, y el calor os achicharra los sesos, mientras no llegáis á un rinconcillo benéfico en que se proyecta sombra. Desde el refugio miráis á las tapias, y lo primero observáis que no hay ventanas de asome. Las monjas tomarán el aire, si es que lo toman, por algún patio interior; es inconcebible que no respiren, que vivan á obscuras. Pero la idea semítica de la clausura de la mujer no puede expresarse con más elocuencia que por medio de esa pared ciega, que sólo adornan, sin rasgarla, los elegantes ajimecillos mudéjares, dibujados con suprema gracia por medio del ladrillo, y tapiados desde su origen. Allá arriba, sobre el cielo de un azul de añil, se recortan las torres, primorosa obra mudéjar. Los moros batalladores y sus bastardos, los moriscos sumisos y cristianizados, tienen en el arte una nota distintiva: la de haber prestado dignidad y belleza á materiales frágiles y sin valor. Labrar el mármol, como hicieron los griegos, y asombrar con él á las generaciones futuras, es menos que legarles maravillas imperecederas sirviéndose del yeso y del ladrillo, del humilde ladrillo recocho. Cal, barro—y les basta á los moros para alzar un Partenón.—Lo que sorprende en esas torres de iglesia, de las cuales

existen muchas en Toledo, es la maestría en el manejo y colocación del ladrillo. Más que colocarlo, puede decirse que lo modelaban. Los "ojos de buey" ó rosetoncillos, abiertos como flores misteriosas; las hiladas de ajimeces, calados y aéreos; las finas saeteras; las cornisas airoas que rompen la monotonía de la línea y bordan con festón ligero el edificio—todo es ladrillo y ladrillo nada más. La piedra entra en estas construcciones, pero no decora; y entra por modo tan extraño, que merece la pena de consagrarle párrafo aparte.

Me lo hizo notar mi *cicerone*, un respetable canónigo de la Santa Iglesia primada, ferviente admirador de Toledo, con cuyos monumentos y curiosidades hállase identificado hasta tal punto, que lo mira "más que como cosa propia". En todas las ciudades históricas existe este mismo tipo humano, adherido á las piedras cual el liquen, pegada el alma á las bellezas que tanto conoce. La costumbre, lejos de embotar la admiración, la ha transformado, convirtiéndola en cariño idólatra. Y nadie explica ni enseña mejor un pueblo que tales apasionados de él, penetrados de su espíritu, y exclusivistas.

—Vea usted—me decía en substancia el inteligente *cicerone*—cómo están construidas estas paredes. A primera vista, y aun fijándose, no parece sino que son obra de un arquitecto loco, que se propuso dar con el edificio en el suelo, apenas terminado. En efecto, la base, hasta más de la altura de un hombre, lo que en

todas partes se funda en materiales más sólidos y de mayor resistencia, es aquí *tierra*..., sencillamente *tierra*; ¡la piedra va encima!

—¡Tierra!—repetí admirada.

—Tierra. Sobre la franja de tierra, ¡vea usted!, otras franjas de mampostería, separadas de trecho en trecho por doble línea de ladrillos colocados de plano, cuyos cantos se ven por fuera. Y en lo alto, sobre la mampostería trabada con recia argamasa, el ladrillo—y con el ladrillo nace el adorno, empiezan los ajimeces y las ventanerías, los rosetones y los cornisamentos...

—Pero esa tierra, ¿cómo se sostiene? ¿Cómo aguanta el peso de lo que lleva áuestas? ¿Cómo no se han hundido mil veces el convento y las torres y todo lo que vemos ahí?

—¡Ah! ¡Ese es el secreto de estas interesantes construcciones! El muro de tierra se llama *tapial*. De él eran las paredes de aquel famoso *artificio de Juanelo*, cómicamente descrito por Quevedo, y que hace años fue preciso volar, á fin de que los ingenieros dispusiesen del sitio necesario para ciertas obras. Y cuando todos creíamos que con la voladura iba á producirse formidable explosión, cádate que apenas estalla la pólvora, amortiguada por la resistencia increíble del tapial.—Y hubo que atacarlo con la piqueta, que no mordía, y gastar tiempo sin tasa en deshacer aquellas durísimas paredes...

—Y hoy día—interrogué,—¿sigue construyéndose de tapial?

—Se construye, pero se desmorona fácilmente.

te. Ellos tenían sus máculas, sus artes para darle á la tierra la densidad del mármol. Sin duda le mezclaban un hormigón especial, algo cuya composición se ignora...

Miré al viejo muro con mayor respeto. Miré ya con interés todos los paredones. En la esquina de la torre de Santo Tomé, noté sorprendida que la pared, lejos de *restar*, como se dice en términos de albañilería, hace saliente en el segundo cuerpo, con el aplomo de una torre que se cree afianzada en anchos sillares y no en un puñado de lodo cocido por el sol de tantos siglos. Y en el Alcázar—el Alcázar del Renacimiento, que desde lejos parece masa de granito que domina á Toledo con soberbia—observé también la construcción de pedruscos, algo que de cerca parece labor de confitería, tropezones de azúcar ó de dulce sobre un conglomerado de piñonate.

Un patio de Toledo.—Zapatatas de madera pintadas de verde sostienen el corredor. Las plantas trepadoras, los tiestos de albahaca y clavel, lo alegran. En un ángulo, robusta columna románica, de piedra, del tiempo de los Alfonsos gloriosos, carga con el peso de la escalera. Enfrente, sobre una puertecilla, osténtase un rectángulo de delicadísimo alicatado árabe.

Estos restos admirables se encuentran allí sin que nadie les haga caso: así estaban desde el tiempo de "los padres", y "los hijos" los miran con indiferencia—algún tanto modificada cuando los alaba el viajero.

Entro en el patio sin conocer á los dueños de

la casa; me reciben como si me hubiesen tratado toda la vida; son gente modesta, de una cortesía sencilla y natural, hidalga. El marido se parece á los bustos de emperadores romanos que se ven en el Museo *degli Anticchi*: cabeza de medalla latina, facciones correctas, grueso, afeitado, grave, afable. La mujer, más vivarachita, recuerda el tipo gitanesco de Sevilla. Me siento en el sofá de paja, pido agua del aljibe, y á mi vista la cogen y me la ofrecen helada, cristalina dentro del limpio vaso. Son semi-árabes, y la hospitalidad les sale por los poros, como hábito de raza, como deber. El patio es fresco, y su traza oriental recuerda las descripciones de Amicis, de otros patios de Argel y Tánger. Aquellos toledanos á la antigua pertenecen de lleno al mundo encantador de la tradición.

El vaso de agua me sabe á gloria, y antes de entrar en Santo Tomé á saludar por décima ó duodécima vez al *Greco*, descanso un rato muy gusto.

¡El cuadro del Greco!—Como la música de Wagner, que á cada audición despierta y hiere nuevas fibras en nosotros, á cada visita, de año en año, me remueve más intensamente la sensibilidad, no sé si diga artística, porque ese cuadro pertenece á la esfera del *super-arte* y toca en lo sublime místico.—Es un cuadro *de almas*.

¡Y qué almas!—Almas de fuego, de un fuego puro, celeste; almas iluminadas, proyectadas al cielo que las supera y las llama con angélicas voces.—Almas de creyentes, de caballeros,

de héroes, de ascetas, de visionarios. San Agustín, que sostiene amorosamente en sus brazos el cadáver ricamente armado de punta en blanco del conde de Orgaz, me impresiona menos que los caballeros que detrás del santo se agrupan, penetrados de tan ardiente devoción. En el santo (magníficamente pintado, quién lo duda) se observa el empeño del artista por crear una figura *noble*, mientras los caballeros son retratos de personas vivas entonces y que tenían esas mismas caras extraordinarias, extáticas, místicas, irradiando claridad y fuerza moral; todo el vigor de una época expresado en unos cuantos rostros. Con verlos quedan explicados los batalladores de Flandes é Italia, los conquistadores del Perú y de Méjico, los arrepentidos Mañaras y Gandías, los enamorados de Teruel, los penitentes del desierto de Bolarque, los piadosos y los heroicos, los humildes y los arrogantes, los firmes en la silla y los arrodillados del reclinatorio, todo lo que nos hizo y nos deshizo, lo que nos dió carácter y sentido en la historia y en la poesía. ¡Qué caras, qué caras idealmente hermosas las del cuadro del Greco!

Y al salir de la iglesia, otra vez las calles de Toledo. Un rincón moro, un pasadizo cubierto como todavía deben de verse muchos en Tetuán. Después, el Zoco, ese resto vivo de otras edades, donde la luz eléctrica parece un solecismo, una desafinación que no se perdona. En el Zoco, en las callejas, ante la catedral, dondequiera que pueden instalarse una vieja haciendo media, dos canastos y unas balanzas de

anticuada forma, el lindo puesto de fruta. Inundado de fruta, rebosando fruta, queda Toledo, Nota de color para impresionistas. Los melones, de un verde sombrío y aterciopelado, se desparraman por la acera. A su lado amontonanse los melocotones color de paja y carmín; las acerolas del rosa más fuerte; las azofaifas de aventurina; las almequinas, granitos de oro; las marjoletas, gruesas cuentas de coral, y sobre las uvas transparentes revolotean las avispas, zumbando, ebrias de azúcar, y la bermeja piel de los pimientos reluce como bruñido jaspé. Es precioso el puesto de fruta, teniendo por fondo la puerta de la catedral, bordada y afiligranada, cuajada de estatuas de santos en hornacinas góticas, y de labores maravillosas de tracería y hojarasca.

De noche, á la luz de la luna, la catedral más bella aún. La luna es el complemento eterno (aun hoy que el romanticismo ha perdido actualidad) de ciertas perspectivas que llevan en sí un romanticismo natural, inevitable. Solitarias ó punto menos las toledanas callejas, buscamos en ellas el farolillo del Cristo, la reja de la *Virgen de los alfileres* y el efecto de la luna sobre los adornos y realces de la catedral (una de las más hermosas de España, á pesar de los pegotes neogriegos que la afean y deshonoran). La luna, pródiga de su blanca claridad, acude puntual á la cita, inunda y baña las agujas de las torres, y las presta fantástico relieve, de sonada decoración. Y disfrutando la apacibilidad del instante en que el calor remite un poco—de

diez á once y media—libre ya de la insoportable chiquillería toledana que acosa al viajero pidiendo en su jerga un *canquisú*—á estas horas las madres los habrán acostado, previo un huevo y un merecido azote,—me entretengo en vagar sin objeto alguno, por rincones y callejas, como cierto personaje de la novela *Angel Guerra*, de Galdós; sólo que más á gusto y saboreando más los recuerdos que Toledo evoca siempre.

VII

LAS ALHAJAS DE LA VIRGEN DEL SAGRARIO

Cuando una de esas imágenes que representan á la vez la patria, la fe y el arte sufre una injuria, la sentimos cual si á nosotros mismos se nos infriese. No parece sino que nos pertencía, que era del todo nuestro lo que le han quitado á la venerada efigie de los tiempos apostólicos, á la Virgen del Sagrario, de Toledo.

Llegué á la ciudad de las leyendas bajo la impresión del robo, y lo primero en que pensé fue en darme cuenta de cómo había podido realizarse. Conociendo la estructura de la catedral y la forma de las verjas que cierran el altar mayor, donde se encontraba Nuestra Señora, vestida de gala, á causa de la novena, parecíame difícil, por no decir imposible, que aun quedándose solo el templo, consiguiese ningún malhechor franquear tales obstáculos y penetrar en el recinto, para poner sacrílegas manos en las joyas.

Son las de la Virgen del Sagrario de las más ricas y bellas que adornan á ninguna Madona,